

tocante á la gramática y prosodia, no me atreví á emprender de nuevo la lectura de Sacúntala antes de prepararme á esta empresa por la lectura de otros poemas menores, mas difíciles de cuanto habia leído hasta aquel entónces, si bien por su brevedad ofrecían una tarea menos dificultosa. Afortunadamente no me abandonó mi perseverancia, y, sin desmayar un momento, resolví á últimos del año de 1813 vencer los solos obstáculos que aun obstruían mi senda, hasta que me creí en estado de poder publicar la traduccion de obra tan admirable, sino con toda la perfeccion deseable, á lo menos con la conciencia de no haber descuidado precaucion alguna para acercarme en todo lo posible de mi modelo.

«Plazca al cielo, añade el ingenuo traductor, que no me haya forjado esperanzas quiméricas ni engreídome con falaces visiones al emprender obra tan estensa como concienzuda, de cuya pena me indemnizará completamente la estimacion de algunos amigos sinceros y amantes de las letras.

«Ya se hallaba impreso mi texto, cuando á la noticia de la publicacion de las *Obras maestras del teatro de la India* por el docto Wilson, temí que, en el momento mismo de su aparicion, fuese eclipsada mi Sacúntala por una rivalidad tan peligrosa, y que infructuoso quedase el todo cuidado que habia empleado en hacer notar sus encantos. Leí las piezas en la traduccion inglesa, pero no tardé en ver disipados mis temores, pues si semejantes opúsculos me-

recen el nombre de obras maestras del teatro de la India, Sacúntala puede reclamar en mi concepto el dictado de obra maestra de las obras maestras.

«En efecto, salvo ciertas escenas de Vasantasena notables por una sensibilidad candorosa, y algunas situaciones atractivas sobremanera en el drama de Urbasi, las demas piezas de esta coleccion no pueden ni por asomo competir con Sacúntala.

«En cuanto á los que han querido asimilar este drama á una mera egloga ó pastorela análoga á las almibaradas novelas de Florian, en que se entregan á sabrosas pláticas los discretos zagales mientras triscan los traviesos y peinados corderillos, no podemos menos de convenir con estos señores que el primer acto recuerda en efecto este género de poesia, ofreciéndonos un modelo del idilio tal como fué concebido por los mas grandes poetas bucólicos de la antigüedad; pero, prescindiendo de esta consideracion, quisiéramos que nos dijese nuestros críticos en que pastorela cualquiera encontraron tanta sensibilidad patética, tanta nobleza, tanta elevacion de sentimientos, sobretudo en el cuarto acto, que en nuestro concepto llega al punto mas culminante de perfeccion.

«Tal vez algun animo mohino, al notar la falta de tiempo y lugar que se nota en este poema dramático, fulminará el terrible anatema de romanticismo, ignorando ú olvidando que esta composicion remonta á medio siglo antes de nuestra era; no obstante, en favor de la pureza eminentemente clá-



sica de su estilo y de la naturalidad esquisita con la cual se hallan trazados los diversos caracteres que le imprimen la vida, le rogaremos que mitiguen algun tanto el rigor de su fallo y se dignen admitir esta obra maestra entre las mas decollantes del espíritu humano, bajo la denominacion de clásico-romántica, deseándoles benevolamente su humilde traductor la gloria de componer otra igual. »

## VI

Continuemos nuestra exposicion : mi impresion personal no cedió por la viveza y avasalladora plenitud á la del traductor, cuando vieron por primera vez mis ojos el drama de Sacúntala ; y me figuré encontrar reunido en un solo poeta primitivo el triple genio de Homero, Teóerito y el Taso. El poema, originalmente épico, llegó á ser dramático bajo la pluma de Kalidasa su segundo autor. Empezemos por dar una reseña abreviada de este suave episodio del Mahabarata, escrito con una fuerza é ingenuidad que al mismo drama superan. En las obras de la India, como en las de Grecia é Italia, el carácter por decir así *granítico* de los primeros poetas, posee un laconismo que parece amoldado en la misma naturaleza, laconismo que muestra el pensamiento en toda su desnudez y pujante musculatura, desprovisto de trage inútil y ornamento parásito. A medida que envejece, se afemina la poesía : á Job sucede Séneca, á Homero el Taso. Este esmero excesivo,

este aderezo, este primor, esta afeminacion de la diction poética á medida que adquiere mas refinamiento la sociedad, no son menos notables en los escritores de la India que en nuestros dias. Mientras mas se aleja de la naturaleza primitiva, mas se corrompe el arte, en términos que el esfuerzo supremo de la literatura perfeccionada es remontar á la sencillez primitiva, al manantial mismo del sentimiento; y por esta razon en muchas lenguas la palabra antiguo es sinonimo de bello. En efecto la poesía brota, con explosion prodigiosa de savia, del seno de la barbarie, en el momento mismo en que civiliza esta misma barbarie; despues se corrompe alejándose de la naturaleza inicial, y cuando deseamos volverla hallar en toda su plenitud y belleza, nos vemos obligados á buscarla en su misma cuna.

## VII

Estas observaciones se hallan plenamente justificadas en la India no menos que en Europa por el carácter gigantesco de las poesías primitivas, comparadas á la degeneracion de las épocas mas recientes. Basta una mera inspeccion, al comparar el poema antiguo de Sacúntala con el drama comparativamente mucho mas moderno que lleva este nombre, para convencerse del carácter de noble virilidad que distingue á las obras antiguas y la afectacion remilgada de los tiempos modernos. Trazemos de un modo breve el plan del poema :



La India entera obedecía al cetro de Duchmanta, descendiente de reyes cuyo origen remontaba á los tiempos inmemoriales. Los vasallos eran obedientes, religiosos, apacibles é idólatras de su soberano, en cuyos vastos estados prodigaba natura sus dones. Así fecundantes lluvias, en la estacion mas oportuna, regaban la tierra pingüe, cuyo seno feraz, sin ser despedazado por la esteva, producía en abundancia los frutos mas sabrosos, mientras que en los verdes prados pastaban numerosos rebaños para abastecer al hombre del tributo de su leche.

El amor y admiracion de todo el pueblo se concentraban en el jóven monarca, sin igual para sujetar un caballo brioso, domar un elefante ciego de furor, enristrar la lanza, esgrimir iracundo la clava, despedir el venablo, ó blandir la cimitarra homicida.

Un dia, acompañado de un numeroso ejército de infantes, caballos, elefantes y carros, resolvió internarse en un bosque espeso para entregarse al placer de la caza. A medida que se avanzaba en medio de la turba vocinglera, resonaban las belicosas aclamaciones de los guerreros veteranos, los ruidosos clamores de los soldados visosos, el sordo retumbar del parche, el agrio son del clarín, el ronco estruendo de los carros, el prolongado relincho de los caballos y el grito agreste de los elefantes; al paso que una multitud de mugeres anhelosas de ver al jóven héroe en todo el aparato de su grandeza, acudían á las ventanas y balcones vecinos. « ¡Oh!

es el intrépido Vasú, esclaman transportadas de alegría. El mismo Indra armado de sus rayos se avanzaría con menos esplendor. » Y millares de manos graciosas prodigan sobre la cabeza del héroe una lluvia de flores, mientras que los virtuosos bramí nos levantando los brazos al cielo, procuran atraer sobre el monarca los favores de Brama (el dios de la India, el dios criador).

Un séquito numeroso de ciudadanos de todas clases siguió hasta el bosque á su querido soberano, cuyo carro rapidísimo lo condujo á regiones impenetrables á la luz, morada en que todo inspiraba un religioso terror. En soledad tan adusta, cuya yerba nunca dobló el pié del hombre, y cuya arena jamás vió estampada la humana huella, pacía el elefante agreste, rugía famélico el león, ó acechaba su presa el tigre oculto entre los arbustos. Acosadas en su asilo, las fieras se precipitan rabiosas sobre los cazadores encarnizados en perseguirlas; y éstos tienen necesidad de toda su astucia y vigor para acabar con la vida de tan tremendos enemigos.

Duchmanta es el primero que da el ejemplo de intrépida audacia. Mas de un tigre furioso cae bajo el peso de su clava ó atravesado por sus flechas. Hostigados por do quier, y cubiertos de sudor y espuma, refúgianse los leones y elefantes en las cercanías de las aguas para apagar el fuego que los devora, pero la mayor parte sucumbe de fatiga en las márgenes del arroyo, y mueren arrojando horribles aullidos. Impelidas por la desesperacion, vuelven



otras la cabeza y acometen frenéticas á sus enemigos, á quienes huellan bajo sus plantas, ó envuelven en sus trompas; y aquel bosque tan ruidoso y animado, presenta el aspecto de un funesto campo de matanza, inundado de sangre y cubierto de fragmentos de lanzas rotas, de masas, arcos, flechas y restos de toda especie.

## VIII

Estimulados por el hambre, destazan los cazadores un cierto número de ciervos y otros venados que, escapados al diente y á la garra de las fieras, habian caído bajo sus golpes. Luego asan sus carnes, las trinchan, satisfacen su apetito y se entregan á algunas horas de reposo.

Pero pronto Duchmanta da la señal de la partida, prosigue su marcha, y, despues de haber atravesado una llanura estéril, entra con su comitiva en un segundo bosque cuyo aspecto contrasta con el del primero. En vez del rugido del leon y el grito ronco del tigre que hielan de espanto la sangre, resuenan en los oídos de los viajeros el bramido lejano del ciervo, el canto de las aves, el zumbido de la abeja, y esos miles susurros de la soledad que vierten balsámico consuelo en el pecho del cuitado. Los árboles

mas vistosos entrelazan con gracia indecible sus ramos doblados bajo el peso de las flores y frutos, mecidos voluptuosamente por el céfiro cuyo soplo suave perfuma el ambiente que envuelve al mullido llano alfombrado de césped y esmaltado de flores, en el cual se agitan las Gandarvas y las Apsaras (ninfas de la mitología de la India), jugando incautas y rivalizando á porfía de gracia y juventud.

## IX

El héroe se interna con delicia bajo las bóvedas formadas por la enramada, en las cuales se quiebran los rayos del sol, filtrando indecisos por aquella misteriosa soledad en que sopla una brisa que olorosa refresca el rostro del viagero. El príncipe llega á las floridas márgenes de un arroyuelo que descende tortuoso y cristalino de las cimas del Himalaya, y descubre una floresta sagrada que cobija la ermita de un santo anacoreta llamado Canua, célebre en toda la India por su sabiduría, espíritu profético y acendrado ascetismo. De trecho en trecho, veíase elevarse al cielo, por entre los árboles, el humo de los sacrificios, envolviendo á grupos de bramínicos, sacerdotes y religiosos, que platicaban sobre los misterios, ó cantaban en verso las proezas his-



tóricas de los antiguos héroes, mientras que otros ascetas se entregan, con el objeto de llegar á la perfección espiritual, á contemplaciones extáticas, ó á penitencias que domeñan y aniquilan la carne.

## X

Lleno de admiración y respeto se avanza el héroe á la ermita de Canua, y lo llama en alta voz. Ausente se hallaba el anacoreta; pero su hija, la bella Sacúntala, sale á la voz del desconocido, y reconoce al monarca.

Llevaba la doncella el traje de una jóven religiosa consagrada al culto de la divinidad, bajo la dirección del santo anciano; su hermosura casi divina deslumbró y fascinó el corazón del príncipe.

— ¿Quién eres, oh vírgen celestial, esclama, y porque vives oculta en este desierto? ¿Dónde vistes por primera vez la luz, oh tú que resplandesces de beldad sobrehumana como glorioso vástago desprendido de tronco inmortal? Al verte por primera vez, me parece que un embeleso inefable derrite mi corazón.

« — Soy hija de Canua, replica trémula Sacúntala.

« — Pero Canua es un santo varón ocupado in-

cesantemente en domar la carne, repuso el soberano, capaz de morir antes que violar su voto de continencia. Tu respuesta cobija un misterio.

Entonces Sacúntala le confiesa la verdad, tal como la había oído de boca misma del anciano hablando con un bramino errante á quien dió la hospitalidad. En efecto, no es hija de Canua, sino del célebre ermitaño Visamitra, cuya santidad escitó el celo de un dios secundario que aspiraba á sobrepujar en austeridad y perfecciones á todas las criaturas. Temeroso éste de tener que ceder al anacoreta Visamitra, le envia la mas bella Apsara (especie de Venus del cielo mitológico de la India), con el objeto de seducirlo. — ¿Quién... yo? « responde la criatura celeste al semi-dios » ¿Yo acercarme de ese anacoreta puro, severo y terrible, cuya frente fulgura como el fuego de los sacrificios, y cuyo rostro fruncido se muestra tremendo como el tiempo que todo lo destruye? No obstante obedeceré, ya que tal es tu deseo. Pero ayúdame en prueba tan peligrosa, manda tú mismo al dios del aire que juegue gracioso en los pliegues de mis vestidos y los hinche ligeramente cuando danze en presencia del bramino; haz que el amor le haga seguir mis pasos con ojos húmedos de deseos, y esparza el céfiro en torno los perfumes de la embriaguez. »

Tranquilizada por la promesa del dios que le promete socorro, « la divina bayadera, » dice el poeta, « baja en la tierra, se detiene no lejos de la cueva del solitario, y, fingiendo creerse sola, baila en una



llanura elevada de que puede ser apercibida por el austero personage. El hálito fragante del viento juega en los pliegues ondeantes de su trage, que excede en blancura y transparencia á los rayos del astro pálido de la noche.

« El bramino sucumbe á la tentacion, y una hija nace de su union con la bailarina celeste que un dios posee.

La Apsara, al subir al cielo, deja dormido á Vasamitra á la puerta de su cueva sobre un lecho de musgo esmaltado de flores.

Al irse á bañar al río, apercibe Canua á la niña dormida en la ribera; mil aves trinan melodiosas y revolotean en torno de su cuerpo, agitando sus alas para dar sombra y frescura á la frente de la criatura divina. El bramino la toma en sus brazos, le busca una nodriza y la cria con la solicitud de un padre, dándole el nombre de las aves que se cernían en torno de su cabeza en el momento en que la recogió á la orilla de las aguas.

## XI

Tal habia sido la narracion del ermitaño Canua, narracion que redobla la pasion de Duchmanta por una vírgen procedente de una raza divina. El monarca la ruega encarecidamente que lo tome por

esposo, sin aguardar el consentimiento del ermitaño. Sacúntala resiste, pero obedeciendo al mismo atractivo que al príncipe impele:

«— Pues bien, le dice con las mejillas encendidas por virginal pudor, si es verdad que al consentir en ser tu esposa sin la aprobacion de mi padre adoptivo, no peco contra la sagrada voz del deber; si como tú me lo aseguras (¿y como podrias engañarme, oh mi rey?) me cabe la libertad de disponer de mi corazon, escucha las condiciones que una doncella tímida osa imponer á su futuro esposo, soberano de la India. Si llega á nacer un hijo de nuestra union, empeña tu palabra real de reconocerlo como legítimo sucesor. »

El héroe presta el juramento exigido, toma en las suyas las manos de Sacúntala, y esta señal une para siempre á ambos esposos.

## XII

Despues de algunos dias pasados en las fiestas y delicias del amor, toma el príncipe el camino de su capital y regresa el ermitaño despues de una larga ausencia. Sacúntala confusa tiembla de presentarse á su vista y declararle su matrimonio con el rey; pero el don de la profecía lo revela todo al anciano.

«— ¡Oh muger mil veces dichosa » dice á Sacún-